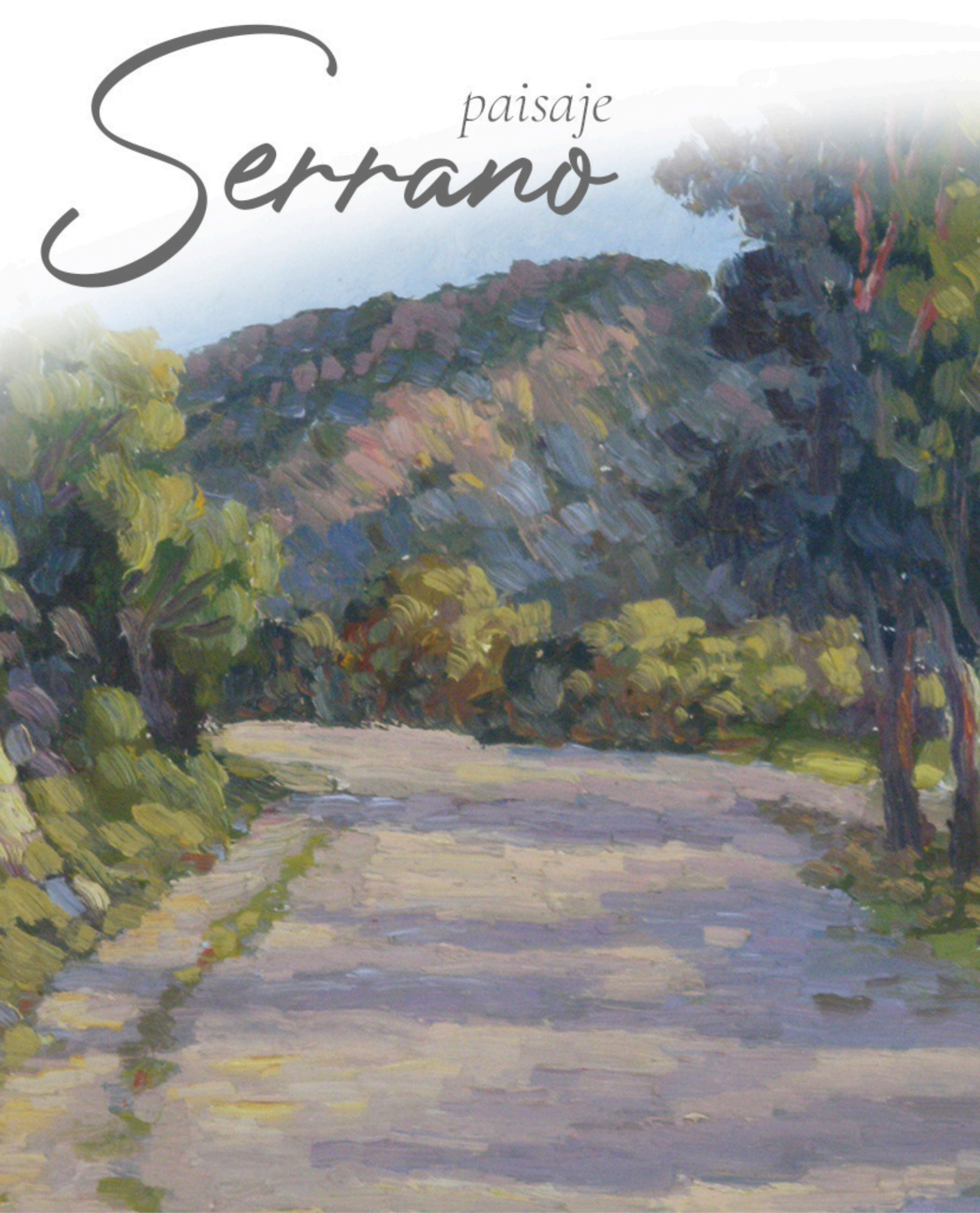


Serrano

paisaje



Muestra pictórica de la obra de Andrés Serrano
Curaduría: Celeste Sánchez Goldar

Del 11 al 25 de septiembre de 2026 - Capilla Histórica - Río Ceballos - Córdoba

ticx hen
casa pueblo

 **Río Ceballos**
GOBIERNO DE LA CIUDAD

Las imágenes construyen identidad; como seres visuales que somos, las imágenes van tramando la memoria de un lugar dejándonos instantáneas de aquello que, por ciertas cualidades, ha sido valorado en tiempos pasados. Dentro del gran acervo de imágenes de Río Ceballos las obras de Andrés Serrano aparecen como una revelación.

Su valor no radica solamente en los espacios geográficos que representa ni en la posibilidad de reconocer en ellas lugares que han cambiado o desaparecieron; hay algo más profundo: la sensibilidad con la que el paisaje ha sido mirado y representado. En esa experiencia subjetiva es donde estas obras adquieren particular potencia.

En ellas podemos observar y detenernos en las luces y las sombras, el sol que atraviesa los árboles, los innumerables matices de color de las sierras, las perspectivas posibles desde las que un mismo territorio puede ser contemplado. Serrano no pintaba desde la distancia ni desde una posición elevada; pintaba desde abajo o, más bien, desde adentro.

Desde esa proximidad el paisaje no parece un escenario separado de quienes lo habitan. Las sierras, los caminos, las casas, los árboles, forman parte de una misma trama. La vida rural era todavía una dimensión cotidiana de Río Ceballos y en estas pinturas, esa vida no se representa como un detalle pintoresco: pertenece al paisaje del mismo modo que la temperatura, el aire, la luz.

Quizás por eso es que, aunque estos lugares hayan cambiado profundamente, continúan resultándonos reconocibles y cercanos. Sin importar qué sitio preciso muestran, sus obras nos atraviesan. Serrano supo captar lo que Carmen Andreu-Lara llama la "sustancialidad del paisaje al que pertenecemos", su vivencia del entorno transgrede el tiempo y "se configura como una dimensión de nuestro ser".

Tomás León pintó mucho y variado, explorando diversos temas para los que utilizaba distintos seudónimos. Esta muestra reúne obras firmadas como Andrés Serrano, un nombre tan preciso para alguien que supo detener su mirada en lo cotidiano de las sierras dejándonos un legado que permanece como parte de nuestra historia e identidad.



Tomás León (Andrés Serrano), nació en Rosario el 3 de mayo de 1935. Cursó sus estudios artísticos en su ciudad natal, en la Universidad Popular y en la Escuela Municipal de Bellas Artes Manuel Musto, donde fue alumno del maestro Marcelo Dasso. En 1969 se establece en Río Ceballos.

Exposiciones:

° Casa de Córdoba (Capital Federal) ° Galería Córdoba (Rosario) ° Galería Norbe (Capital Federal) ° Salón Escorial (Rosario) ° En 1976 presentó sus obras en la peatonal de Córdoba con motivo de la semana del aniversario de la ciudad ° Casa de Turismo (Santiago del Estero) ° Salón Austral, por intermedio del Departamento de Artes Plásticas del Consejo Nacional de Cultura de Tucumán ° En varias oportunidades en la Municipalidad y en la Sociedad Fomento Turismo de Río Ceballos ° Primera Exposición de Artes Plásticas de Río Ceballos (1983) ° Noche de los Museos 2018 (Río Ceballos) ° Su obra “Remembranza” fue expuesta en la muestra “Rastros y Rostros. 50 años del Dique La Quebrada” (Río Ceballos, 2026)

Obtuvo distintos galardones, entre otros, de la Dirección Provincial de Turismo, de la Orden de la Vigüela de Río Ceballos y de la Revista Cultural Tiempo (Campana, provincia de Buenos Aires). En 2005 el Grupo Río Ceballos le otorga el Reconocimiento a la Trayectoria Comunitaria.

A un mes de su fallecimiento y mediante ordenanza municipal n° 538/90 se impone el nombre de Andrés Serrano a una calle de Río Ceballos ubicada entre la calle Cecilia Peralta Ramos de Lestache y el arroyo Mal Paso.



La paleta de Tomás León / Andrés Serrano
Anverso y reverso
32 x 21,5 cm.
Propiedad de Roberto Di Giorgi

Tomás era un hombre común, sencillo, simple. Se definía como un obrero del caballete y el pincel o la espátula, pero quizás él no lo hubiera hecho con estas palabras. Sabía que tenía un oficio que le gustaba y le permitía ganarse la vida, sin muchos lujos, pero bien. Su esencia estaba muy lejos del arquetipo del “pintor bohemio” hollywoodense, que nos entregó el cine. Era peronista, del 45 e hincha de Central, por esto último, un amigo común, de Tomás y Toto (mi suegro), Nico, otro personaje rosarino como ellos e hincha de Newell's, lo motejaba “Chimango”.

Yo le conocí tres seudónimos, no sé si tendría algunos otros, con los que firmaba sus trabajos: “Andrés Serrano”, para los paisajes costumbristas de sierras y ranchos “Lotarc”, para sus calle parisinas. “Requena”, para los puertos y barcos. “Un día voy a tener que matar alguno, para que sus obras se valoricen...” me dijo, con un guiño en una ocasión.

Sus días seguían una rutina, elemental, por la mañana iba al taller, cerca de las diez y media, pasaba a buscar a su esposa Neli y la acompañaba a hacer las compras. Después se quedaba en la confitería “Las Violetas”, en la mesa del café de los amigos, estaban Carlos Ochoa, Lindberg, Toto y algunas veces Don Marcelo, un escritor de la ciudad de San Francisco, que tenía una casa de veraneo en el pueblo. Por la tarde, después de la siesta volvía al taller y trabajaba hasta que anocheecía.

En un momento compró un Fiat 600, cuando los hijos ya estaban grandes, él pintaba paisajes serranos, sobre Chapadur de 40 cm. por 60 cm. y los iba guardando en una caja con ranuras, para que estuvieran separados y no se encimaran. Completada la caja se iba de viaje, en el “600”, con su esposa e iba vendiendo su producción por Punilla, el norte de Córdoba, La Rioja o Catamarca, en las casas de regionales.

Un año se fue a Mar del Plata, con sus puertos y barcos, los que firmaba con el seudónimo de “Requena”, en una galería de arte, sus trabajos gustaron tanto que le propusieron, que se quedara un tiempo pintando y que le compraron todo lo que produjo.

Cuando escuchamos hablar de arte o de artistas, invariablemente nos remitimos a imágenes derivadas de nuestras experiencias y recuerdos. Es así que el personaje se nos puede aparecer como un místico, fuera de la realidad y preocupado por cuestiones muy trascendentes pero nada prácticas; un desaforado que vive, desenfrenadamente, entre juergas, mujeres y vino; o el típico melancólico, descorazonado, medio muerto de hambre y tuberculosis. Esto para citar solo algunos de los estereotipos que nos impuso la legendaria “Belle Epoque”, recreada y adornada por la mitología de los estudios de Hollywood.

Casi nadie imaginaría que alguien que vive de la pintura pueda tener actividades tan comunes y rutinarias como hacer las compras y desayunar temprano con su esposa en Las Violetas, tomar un cafecito, a eso de las 11, con los “muchachos”, o trabajar ocho horas, en horario discontinuo, todos los días. Eso, para muchos, no puede ser un artista.

Los que conocemos a Tomás León (Andrés Serrano), amigo y vecino del pueblo, que tiene esas “actividades tan comunes y rutinarias”, sabemos que él es un artista, que entiende que lo suyo es un trabajo como otro, que él es un trabajador como otro, que tiene los mismos problemas que todos y que, en definitiva, navega el mismo barco que nosotros.

No tengo capacidad para hacer un juicio crítico sobre la obra de Tomás. Puedo, sí, arriesgar una opinión personal. Me gustan sus capillas, sus paisajes, los quiebres y las luces entre las piedras, sus puertos calientes de rojos, amarillos y anaranjados, sus melancólicas calles, o aquellas otras cosas que hace para no vender. Una “señora gorda” podrá decir que es un arte “muy comercial”, “de trastienda”. Él mismo nos aclara el tema cuando reflexiona sobre los caminos que tiene el artista. La elección -dice- está entre las galerías de arte, los concursos, los premios, “el circo” en que, con suerte, el favor de la crítica y talento se puede llegar a la fama; o sino, el otro, tedioso, cotidiano, con más obligación que inspiración, es la ruta del que vive por los pinceles, vendiendo su trabajo, como lo hacen miles de trabajadores, todos los días.

Tomás es, ante todo, un ser humano que encontró un recurso para sobrevivir, haciendo lo que le gusta y sabe. Con profesionalismo y sin versos.

En algún número de Momento de años atrás, en una nota que se le hizo a Tomás-Andrés/León-Serrano (nombres y apellidos “oficiales” o “artísticos” de un creador, que tal vez por eso tan remanido de “es un vecino mío... cómo va a resultar ser pintor...” no fue -por muchos- lo suficientemente conocido y valorado en su real dimensión). Nos escribía Roberto Di Giorgi (...)

Y Tomás León fue así. Un tipo común. Un tipo común, artista.

“Soy un trabajador como cualquier otro y esto es mi trabajo”, nos expresaba convencido.

Y estamos hablando en tiempo pasado. Es que Tomás León / Andrés Serrano falleció este 9 de julio. Así de simple. Así de triste.

Nos quedan sus valiosas obras. Sus capillas y sus paisajes, sus puertos y sus calles, sus luces, quiebres y colores.

Tenía trabajos para la venta y otros hechos como para sí mismo. Aún está vívida en el recuerdo aquella exposición que le armara Grupo 69 de Formación Cultural allá -creo- por el año 1972, en el hall del entonces Cine Coliseo de Carlos Ochoa, y donde presentó todas “las cosas” que hacía para él, no para la venta. Fue algo excepcional, con calidez, compromiso social y calidad.

Allí reconocí a Andrés Serrano y aprendí, plenamente, a valorarlo.



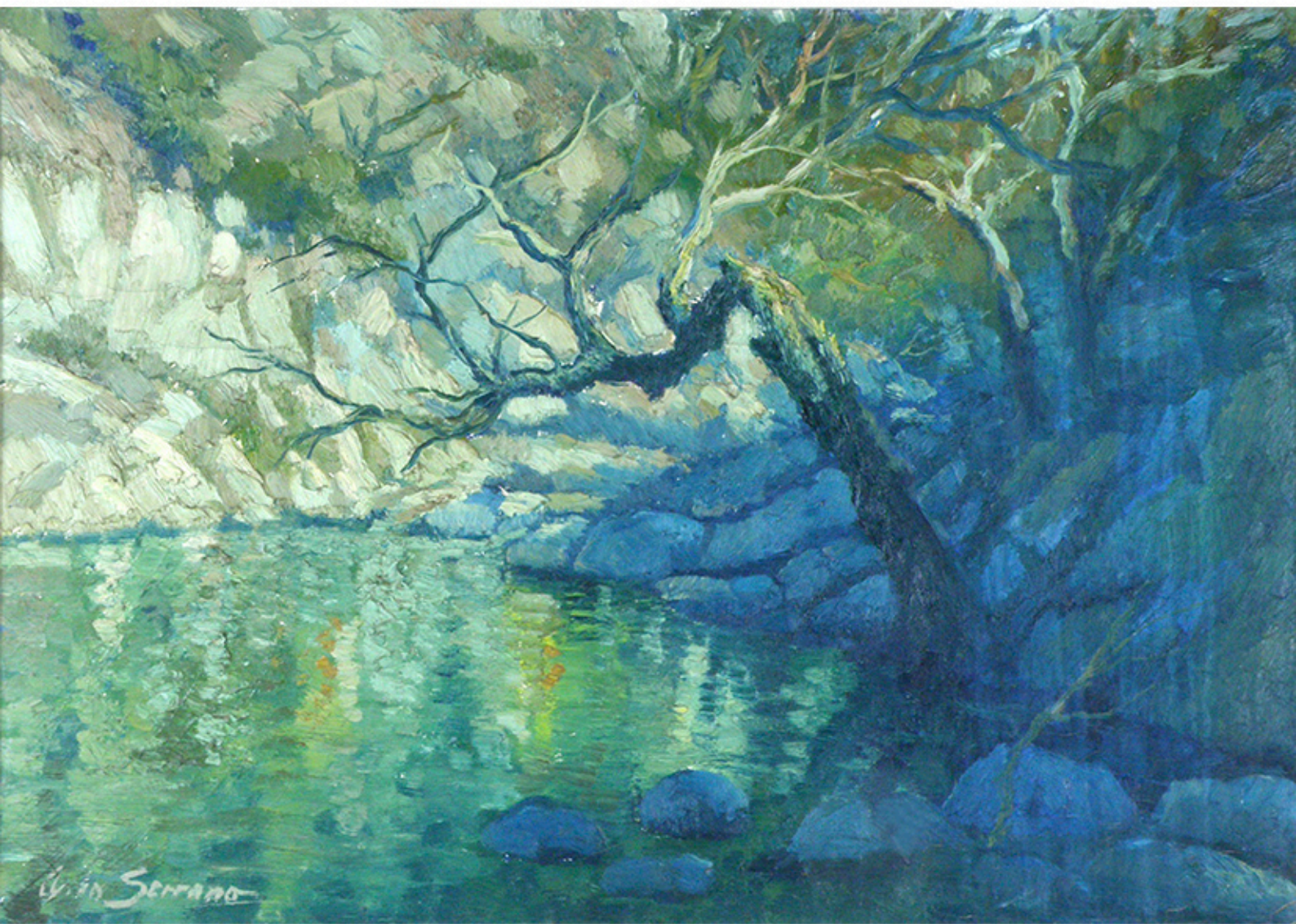
Sin título

75 x 105

Óleo sobre chapadur

Sin fecha

Propiedad de la Municipalidad de Río Ceballos



Pozos Verdes

50 x 70 cm.

Óleo sobre tela

Sin fecha

Propiedad de la Municipalidad de Río Ceballos



Rancherío

60 x 80 cm.

Óleo sobre chapadur

Sin fecha

Propiedad de la Municipalidad de Río Ceballos



Remembranza

60 x 80 cm.

Óleo sobre chapadur

Sin fecha

Propiedad de la Municipalidad de Río Ceballos



El diario La Voz del Interior del 31 de julio de 1976 mencionaba algunas obras de Andrés Serrano (que ya pertenecían a la municipalidad), donde había representado paisajes del lugar en que hoy se encuentra el lago del Dique La Quebrada.

Los Pozos Verdes, tal vez de las pocas pinturas que muestran lugares turísticamente populares, pero también dos en las que se puede ver parte del mismo paisaje: "Rancherío", la vivienda de la familia Medina, donde podemos asomarnos brevemente a la intimidad de su hogar, una fresca galería con una mesa y una silla, una mujer con su niño al sol de un cálido día de verano. "Remembranza" amplía un poco el entorno; la misma casa (un típico rancho de los que abundaban en el pueblo) y, en igualdad de importancia, aparecen las sierras cubiertas de vegetación autóctona, la quebrada con su arroyo, los árboles, las piedras...

La mayoría de las pinturas de Serrano nos muestran lugares que cambiaron pero es "Remembranza" con su título, quizás, la obra que más representa la idea del paisaje perdido. Es la evocación antes del desenlace, la instantánea de lo que pronto iba a desaparecer para siempre.



Sin título

18 x 24 cm.

Óleo sobre chapadur

Sin fecha

Propiedad de Zulema Tavella



Casona

50 x 70 cm.

Óleo sobre chapadur

Sin fecha

Propiedad de la Municipalidad de Río Ceballos



Sin título

90 x 100 cm.

Óleo sobre tela

Sin fecha

Propiedad de la Municipalidad de Río Ceballos



El Paraíso

60 x 80 cm.

Óleo sobre chapadur

Sin fecha

Propiedad de la Municipalidad de Río Ceballos



El paisaje, en su acepción cultural, es una parte de un territorio que resulta de la interacción del ser humano con el entorno natural. Serrano captó esta relación en sus pinturas con una sensibilidad conmovedora; donde otros veían solo imágenes él veía la esencia del pueblo.

Hoy, sus pinturas evocan tiempos pasados en que los ranchos eran parte del paisaje cotidiano y no una mera postal pintoresca. Esas viviendas, que convivían con majestuosas casas veraniegas y grandes hoteles, eran la herencia de aquél Río de los Ceballos rural que la fecha identitaria del 24 de septiembre rescata y revaloriza como parte fundamental de nuestras raíces como ciudad. Serrano atesoró en sus cuadros aquello que dejaría de ser, algo tan cambiante como la luz y la atmósfera.

Hay una palabra que describe las construcciones generalmente asociadas a familias adineradas o de abolengo, también frecuentemente utilizada para edificios antiguos de valor patrimonial. Serrano la usó para titular su obra "Casona"; más que un título parece la descripción de un instante que fluctúa entre la realidad y la ficción. Una licencia poética que encierra un anhelo.

"El paraíso" parece poner en evidencia el deseo de ese otro mundo posible. El árbol es parte del paisaje pero también, como en "Casona", un pretexto para nombrar otra cosa, un sentimiento.



Mi pueblo

50 x 70 cm.

Óleo sobre tela

1978

Propiedad de Alicia Davini



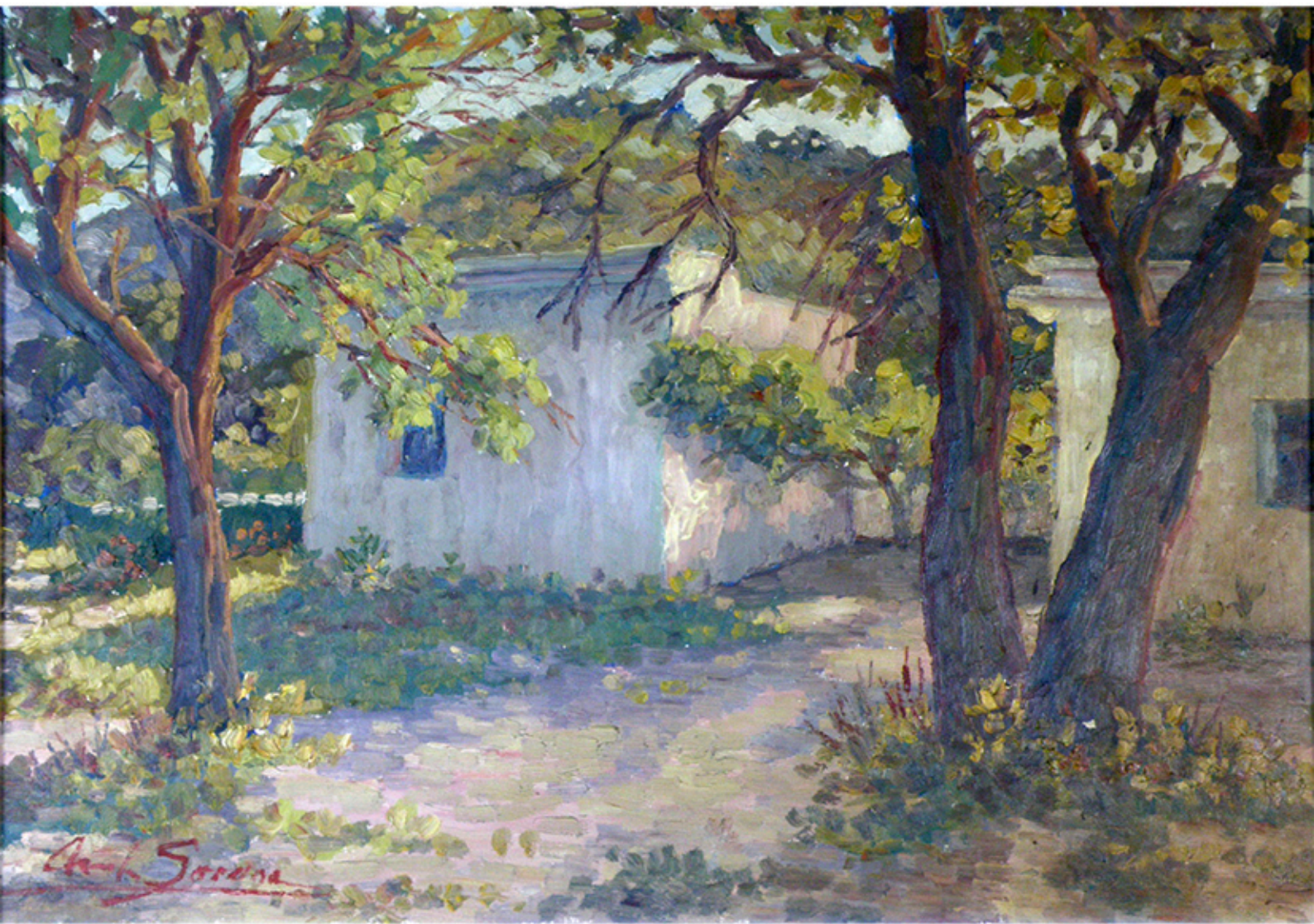
Sin título

50 x 40 cm.

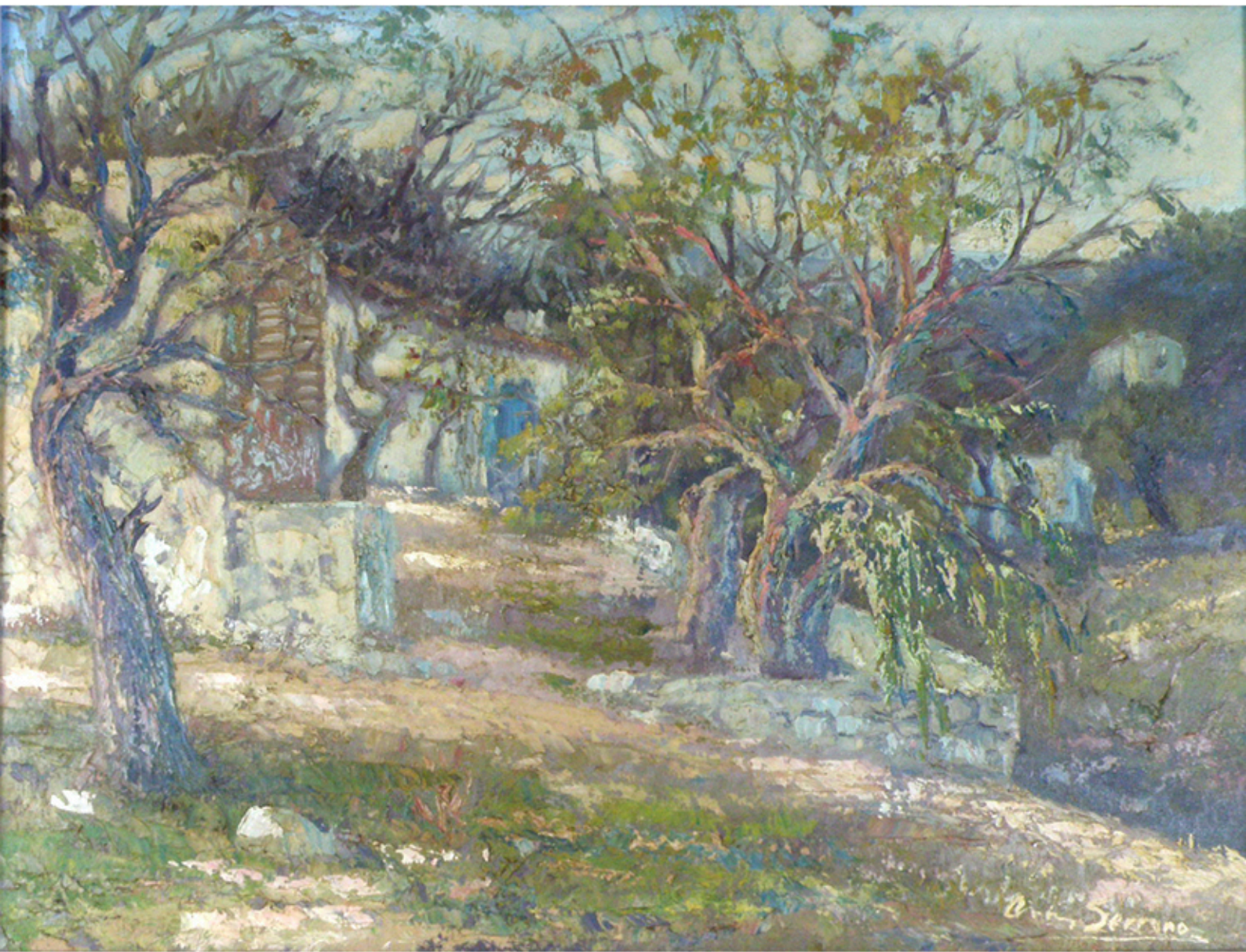
Óleo sobre chapadur

Sin fecha

Propiedad de Inés Julia Guadalupe Ponce Marquínez



El taller, Río Ceballos
50 x 70 cm.
Óleo sobre tela
Sin fecha
Propiedad de Zulema Tavella



El taller

80 x 60 cm.

Óleo sobre tela

1970

Propiedad de Zulema Tavella

Podría parecer que estas obras son simples gestos de añoranza porque nosotros, hoy, vemos sus pinturas con cierta nostalgia. Pero Andrés Serrano era un pintor de su tiempo y, como tal, pintaba lo que veía a su alrededor. Acaso sí, como todo artista, elegía qué mostrar, el tema, el encuadre, el momento. Como impresionista, formaba sus paisajes a partir de la luz y los colores. Como alma sensible, elegía cómo nombrar aquello que representaba.

Sus ranchos eran tan reales como las calles de Río Ceballos. "Mi pueblo" dijo, no "el", cuando pintó las casas de un camino que se pierde en las sierras. Un lugar que sentía propio, de una comunidad de la que era parte. Otra calle, otras casas que no era solamente la instantánea de un lugar cualquiera, sino la cuadra de la clínica Cruz Verde que obsequió a sus amigos. Así de cercano, así de sentido.

Dos vistas de un mismo lugar: "El taller" y "El taller de Río Ceballos". En este caso "el" y no "mi", quizás porque, aunque era su lugar de trabajo, era un espacio abierto, compartido con sus amigos, donde las puertas se abrían a ese mundo que él quería pintar.

<<Yo iba seguido a su taller, al principio con Toto, después empecé a ir solo. El primer taller que le conocí estaba en el pasaje que nace frente a la Capilla Histórica y llega hasta el río, en aquella época era de libre acceso. Después se trasladó a una casa que está sobre Av. Remedios de Escalada, al lado de donde estuvo la sucursal del Banco Nación. En este último lugar tenía en el jardín del frente de la propiedad, un respaldo de cama viejo de chapa, totalmente oxidado, donde estaba en letras blancas su firma "Andrés Serrano">>.

Roberto Di Giorgi

<<Yo estuve en el taller. ¡No sabés lo que era! Él decía "es mi caos, pero yo acá en mi caos genero arte". Y lo he visto, uno que no entiende nada de pintura... estaba el lienzo en blanco y tiraba rayas. Yo tengo una gran amistad de mi adolescencia al ser compañero de secundaria de Daniel, frecuentaba mucho la casa; y tuve una linda relación con Tomás, el artista, así que yo me escapaba a veces al taller a verlo, era algo que me fascinaba>>.

Daniel Lucca



Sin título

80 x 60 cm.

Óleo sobre tela

Sin fecha

Propiedad de Susana Cordiano



Sin título

50 x 40 cm.

Óleo sobre tela

Sin fecha

Propiedad de Elba María Peretti



Sin título

50 x 40 cm.

Óleo sobre tela

Sin fecha

Propiedad de Daniel Lucca

Fue un pintor muy prolífico. Rubén Matiazzi decía en 1984: "exceptuando a Andrés Serrano, que trabaja profesionalmente desde hace muchos años, el resto debe subordinar sus inquietudes al lugar de "serio pasatiempo", para dedicarse a actividades mas redituables".

"En un momento compró un Fiat 600, cuando los hijos ya estaban grandes, él pintaba paisajes serranos, sobre Chapadur de 40 cm. por 60 cm. y los iba guardando en una caja con ranuras, para que estuvieran separados y no se encimaran. Completada la caja se iba de viaje, en el "600", con su esposa e iba vendiendo su producción por Punilla, el norte de Córdoba, La Rioja o Catamarca, en las casas de regionales.

Un año se fue a Mar del Plata, con sus puertos y barcos, los que firmaba con el seudónimo de "Requena", en una galería de arte, sus trabajos gustaron tanto que le propusieron que se quedara un tiempo pintando y que le compraron todo lo que produjo".

(Roberto Di Giorgi)

Como su taller, él era un artista generoso y abierto. Así como ese cuadro que regaló a la familia Sarmiento, hubo muchos otros que les pintó a sus amigos: a Ariel Serafini, que iba a verlo pintar, a la familia Davini, a Inés Cao de Juárez, y tantas otras que seguramente no conocemos.

Entre los temas elegidos por Serrano sabemos que las capillas eran bastante frecuentes, como la de San Roque, en Capilla del Monte, que hizo por encargo y obsequió a los dueños del bar Las Violetas. Paisajes de otros lugares que se quedaron acá y que tenían un sentido personal; así, pintó el río Paraná para Elba María Peretti porque es el lugar natal de ella, y una paisaje similar para Daniel Lucca por su casamiento.

Eran amistades recíprocas. Hernán Serafini le prestaba un local en el centro en donde Serrano exponía y vendía sus obras. Obras tan valiosas como las de su taller, que usó para pagarle el alquiler de su casa a Yolanda Danielle, su amiga del Hotel Anita y que después pasaron a Zulema Tavella.



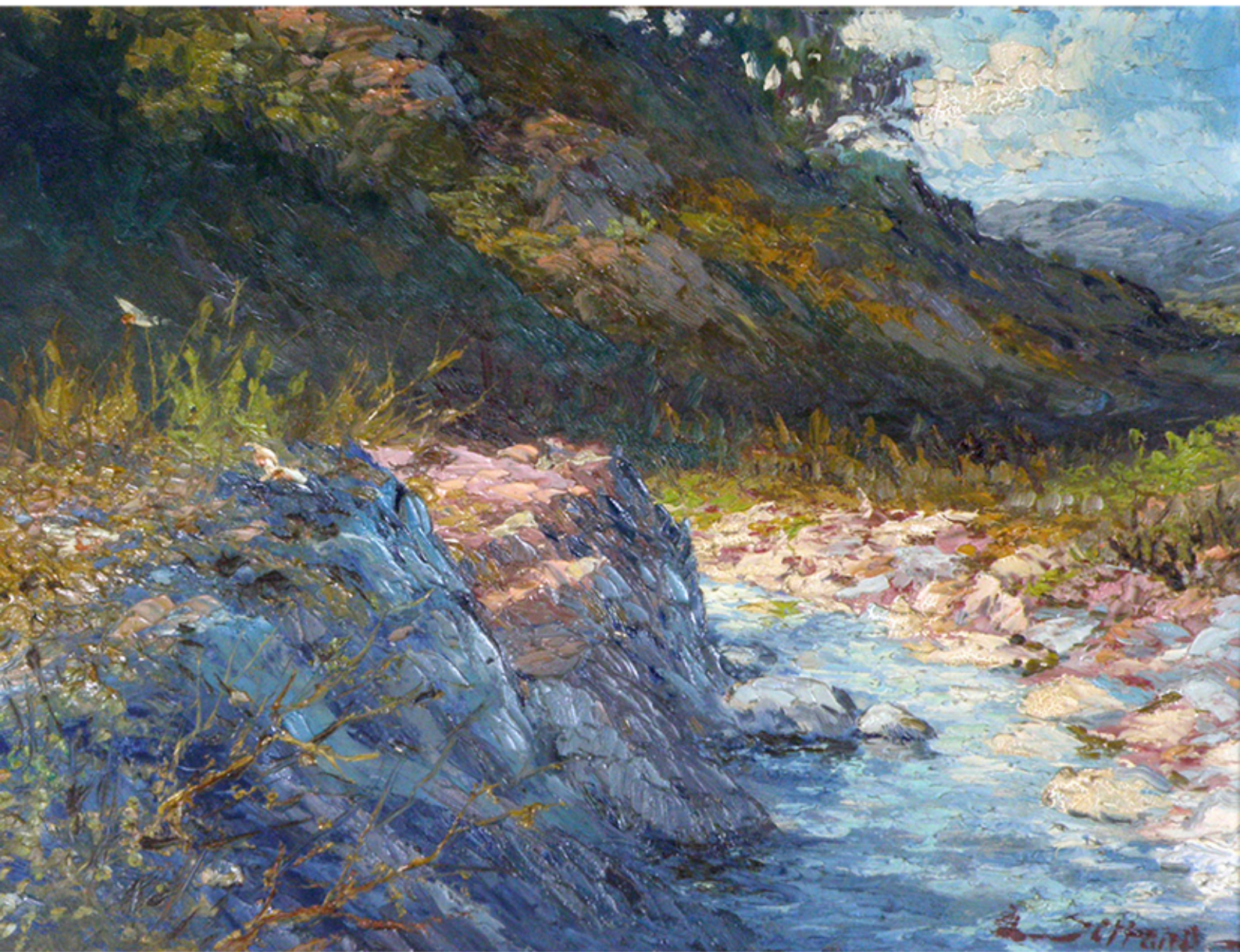
Sin título

30 x 40 cm.

Óleo sobre chapadur

Sin fecha

Propiedad de Gabriel Juárez



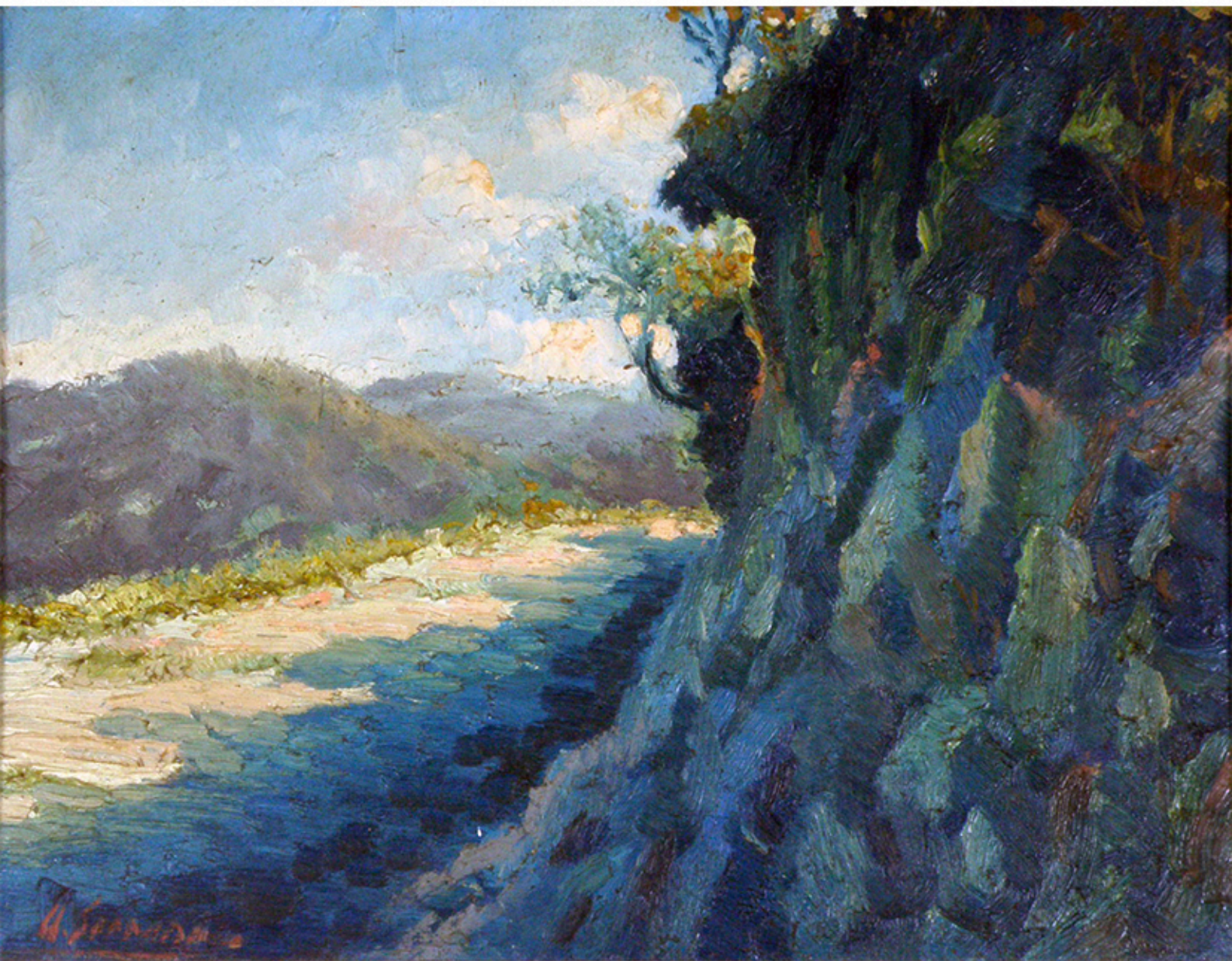
Serranía

35 x 45 cm.

Óleo sobre chapadur

Sin fecha

Propiedad de la Municipalidad de Río Ceballos



Nuevo camino

35 x 45 cm.

Óleo sobre chapadur

Sin fecha

Propiedad de la Municipalidad de Río Ceballos



Sin título

50 x 70 cm.

Óleo sobre tela

Sin fecha

Propiedad de la Municipalidad de Río Ceballos



Sin título

50 x 70 cm.

Óleo sobre tela

Sin fecha

Propiedad de la Municipalidad de Río Ceballos

*"Deberé contar esto suspirando
en algún lugar del futuro, a años de distancia:
Dos caminos se bifurcaban en un bosque y yo,
yo tomé el menos transitado,
y eso hizo toda la diferencia."*

Robert Frost - The road not taken (El camino no elegido) 1916

Armar una muestra sobre otra persona implica una cierta cuota de subjetividad. Es importante que el relato se sostenga con los cuadros porque ese es el legado de Andrés Serrano, es decir, que lo más relevante sean sus pinturas: las luces, los colores, los temas, las pinceladas, el tomarse el tiempo de mirarlas lo suficiente para que, como espectadores, terminemos de dar sentido a su obra. De eso se trata el arte.

La estructura de esta exposición nos permitió hacer nuestra propia lectura y nos pareció que también era muy valioso traer al presente al artista. Quedaron escasos datos de sus pinturas, pocas fechas y pocos nombres, pero sí quedaron personas que lo conocieron y fue con sus relatos con los que nos permitimos imaginar las relaciones entre su obra y su persona.

Dejamos para el final una serie de cuadros cuya similitud asombra. Dan la idea de un alto en el camino; pero hay algo más allá, a la vuelta, como si el cuadro se abriera a algo que nos está vedado. ¿Qué hay en ese punto exacto donde el camino se quiebra? ¿Qué o quién está del otro lado?

Seguramente sus elecciones lo llevaron por diferentes caminos. Tomás León fue Andrés Serrano como fue Requena, Lotarc o Tomás de las Flores. Pintó para sus amigos, para vender y para él mismo; quizás sean estas últimas, desconocidas e íntimas, su recodo en el camino.

Una tarde en el taller estaba pintando, con la espátula, “una manchita”, como llamaba a sus cuadros, era un atardecer con un rancho en primer plano, con sombras, atrás unos álamos y en el fondo las sierras y un cielo con tintes rojizos, lo terminó, lo miró un rato, agarró una espátula ancha y sacó todo el óleo, quedo una mancha donde se adivinaba un rancho en sombras, sobre un fondo abstracto...”así está mejor...pero no se va a vender”, me dijo.

Otra vuelta discutían con mi suegro sobre las pinturas del puerto, a Toto no le gustaba como quedaban los “monos”, así le decían a las figuras muy esquemáticas que representaban a los estibadores que cargaban los barcos, Tomás le dijo, “tenés razón, pero sin lo laborantes no se venden...”

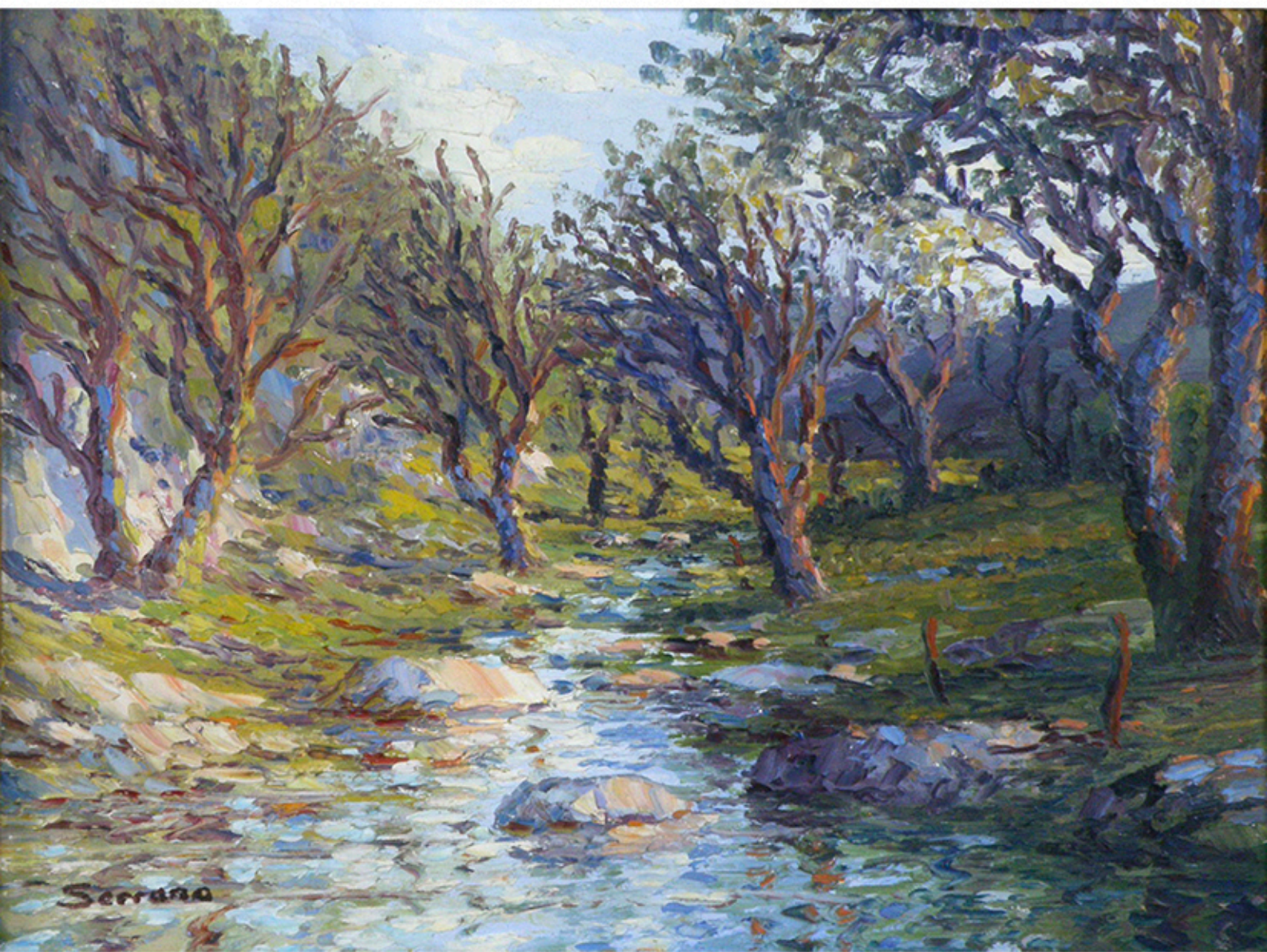
La última vez que lo vi en su taller, estaba sentado en un viejo sillón desvencijado, me ve entrar y me dice, “Robertito, mirá lo que estoy haciendo”, se fue al fondo y trajo tres cuadros no muy grandes, eran del mar y la playa, sin “monos”, ni barcos, ni gaviotas, sólo el mar y la arena, puros, amarillo, rojo, naranja, violeta, azul ultra mar, un cielo plano, limpio, que contrastaba con el movimiento de las olas y los colores violentos y saturados.

Me preguntó qué me parecían, le dije que eran hermosos, distinto a todo lo que le había visto pintar, me contestó, “a estos los voy a firmar como Tomás León...”

ACLARACIÓN NECESARIA:

Estos son mis recuerdos, como todos sabemos, a veces nuestros recuerdos se nutren de los recuerdos de otros. Seguramente otro recordará a un Tomás distinto o como este pero con matices, los recuerdos no son investigaciones históricas y se empequeñecen o se agigantan cuando nos vamos haciendo viejos. Al final, cada uno se queda con lo que más le gusta.

Roberto Di Giorgi – que sea útil. Gracias.



Paisaje de Río Ceballos

30 x 40 cm.

Óleo sobre chapadur

Sin fecha

Propiedad de Marisa Ochoa



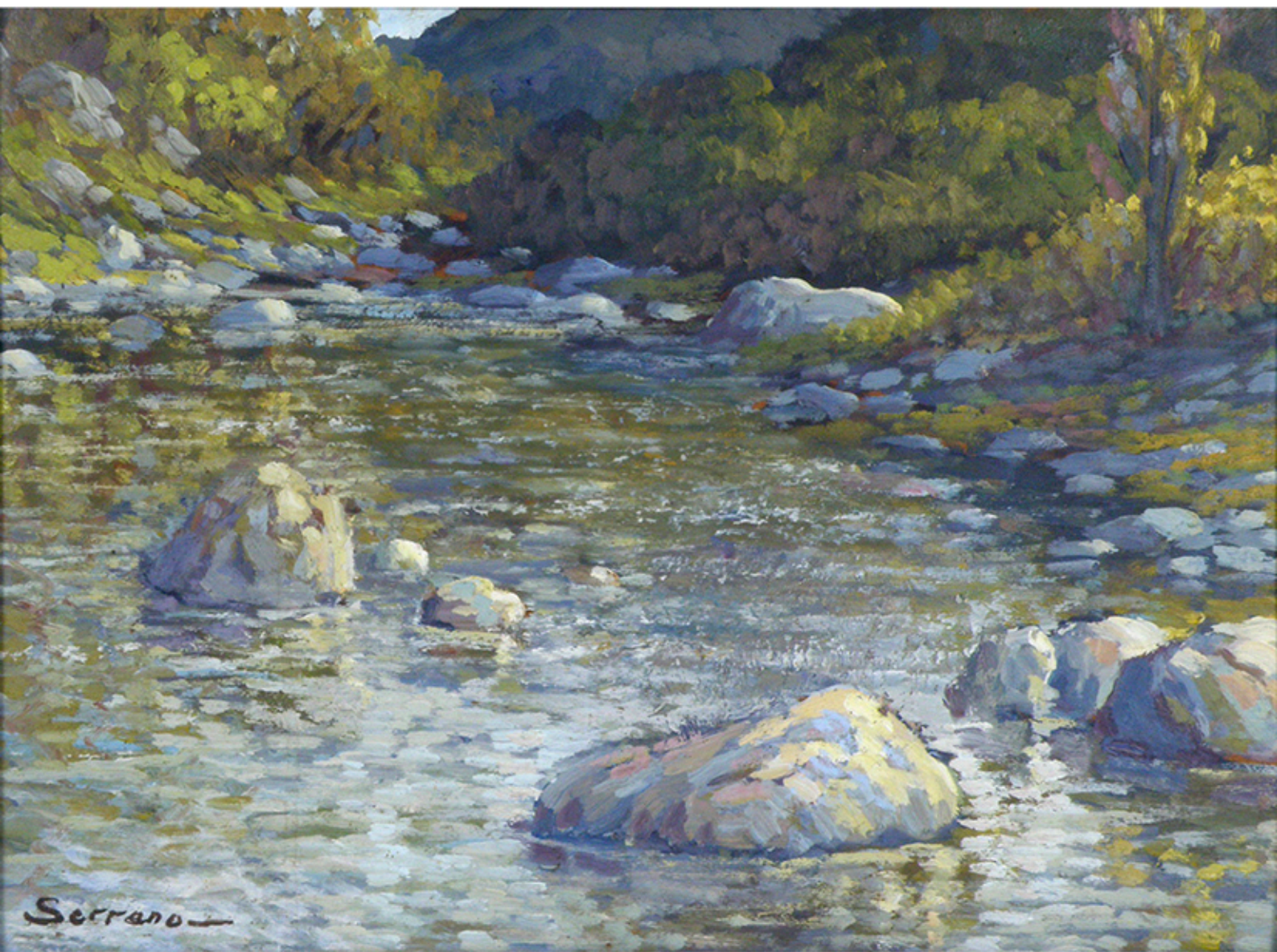
Paisaje serrano

50,5 x 69,5 cm.

Óleo sobre tela

Sin fecha

Propiedad de Marisa Ochoa



Sin título

30 x 39,5 cm.

Óleo sobre chapadur

Sin fecha

Propiedad de Marisa Ochoa



Sin título

24 x 30 cm.

Óleo sobre chapadur entelado

Sin fecha

Propiedad de Marisa Ochoa



Sin título

90 x 100 cm.

Óleo sobre tela

Sin fecha

Propiedad de Marisa Ochoa

Firmado bajo el seudónimo "Osorio Ayala"



Sin título

52,5 x 39 cm.

Óleo sobre chapadur

Sin fecha

Propiedad de Cuca Colomba

Firmado bajo el seudónimo de "Vidal"

Luego de la presentación de la muestra, pasó lo que intuimos que pasaría: comenzaron a aparecer datos de obras que no formaban parte de la exposición inicial. Nuevamente, fue la generosidad de los vecinos la que nos permitió acceder a ellas.

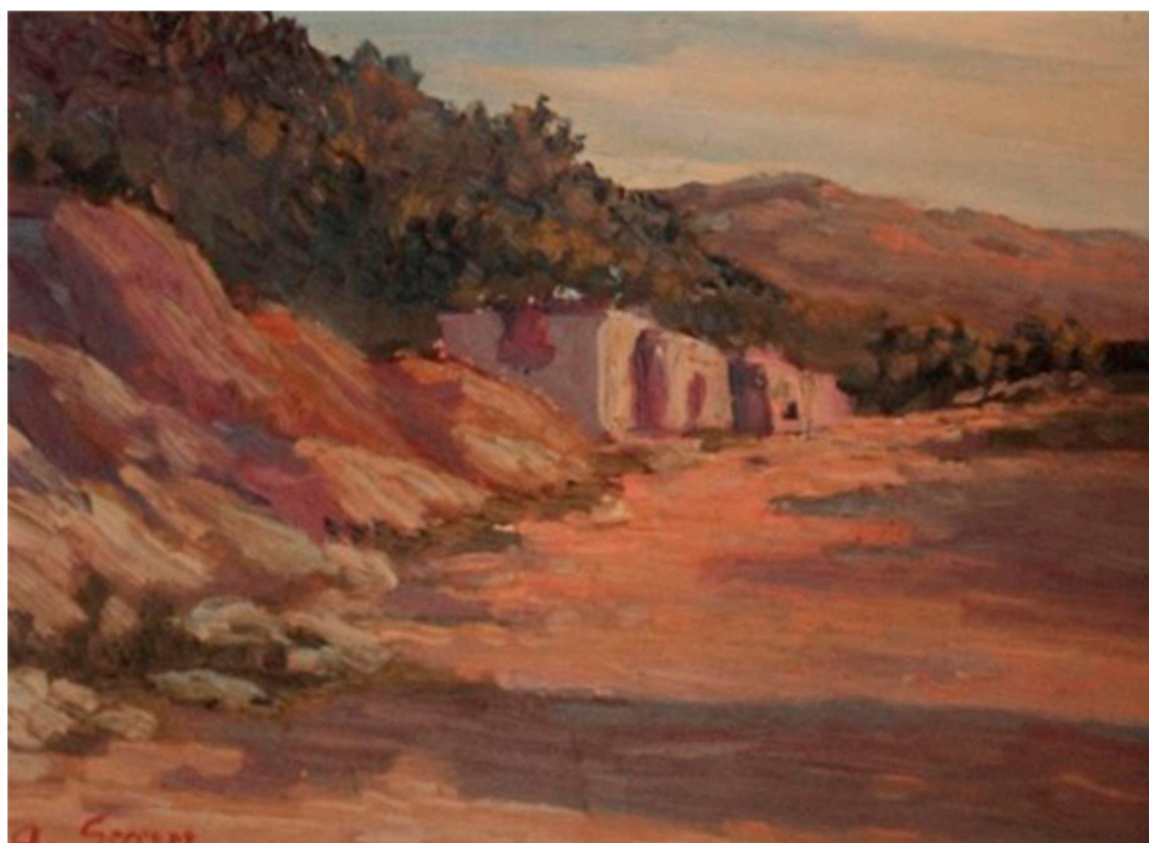
Decidimos presentarlas, aunque fuera por un solo día, porque consideramos que la obra de Tomás León es muy importante en la construcción de la identidad de nuestra ciudad y, como tal, debería ser más valorada. Esto, esperamos, es un inicio de reconocimiento a uno de los más grandes artistas de Río Ceballos.

Cada nuevo cuadro es una sorpresa. A su destreza se le suma su eclecticismo, como si los diferentes paisajes fueran vistos con otros ojos. Así, fue Requena con el mar, Lotarc con París, Andrés Serrano o Serrano con Río Ceballos. Pero aparecieron otros: Malala García recuerda a Tomás de las Flores, usado para representaciones de flores; Marisa Ochoa nos prestó una obra firmada como Osorio Ayala, pero también nos nombra a Daniel Ruben, el nombre del hijo mayor usado como seudónimo; Cuca Colomba tiene una obra ovalada y firmada como Vidal.

Hay diferencias en lo que muestran, en los colores, en la mayor o menor carga de pintura en las pinceladas, en sus relieves hechos con espátula... sin embargo, en todas, se puede reconocer su mano y su modo de mirar el mundo.

Con las obras aparecieron, también, nuevos relatos que nos muestran a una persona generosa, afable, sencilla, cotidiana, sensible. No hay mucho que agregar; sus obras reflejan mucho de su personalidad y es en ellas donde encontramos la grandeza de Tomás León.

Este es nuestro homenaje.





Las obras que aparecen a continuación son capturas de pantalla de un video de Cuca Colomba que fue filmado cuando ella viajó junto a Neli, la esposa de Tomás León, a Italia en el año 2005 y donde visitaron a Daniel León.

Quisimos incorporarlas al catálogo, a pesar de la mala calidad de las imágenes, para sumar más cuadros de este artista en que puede verse una representación del puerto y el mar, probablemente similar a las que firmaba como Requena.

Por el momento son las únicas imágenes con las que contamos, pero esperamos que, a futuro, podamos conseguir nuevas obras para darlas a conocer.



Alicia Davini

Daniel Lucca

Elba María Peretti

Gabriel Juárez

Cuca Colomba

Ines Julia Guadalupe Ponce Marquínez

Susana Cordiano

Zulema Tavella

Marisa Ochoa

Por el préstamo de obras y sus relatos

Roberto Di Giorgi

Por la paleta de Andrés Serrano, su generosidad y sus palabras

Ana Aliaga

Carlos Iglesias

Griselda De Elejalde

Marcos Luján Sánchez

María Laura y María Inés García

Por los contactos, recuerdos y facilitarnos la tarea

Cristian Escribano Béssega

Por leernos y corregir los textos

Juan Cruz Sánchez Goldar

Por los equipos para fotografía

Municipalidad de Río Ceballos

Por las obras y el apoyo

Las obras de Andrés Serrano, junto a otras que conforman la pinacoteca de la Municipalidad fueron pasadas al dominio público por ordenanza n° 1382/03

Curaduría: Celeste Sánchez Goldar

Idea, producción, diseño y montaje: Tica Hen

Celeste Sánchez Goldar y María Angélica Goldar Parodi